



EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

HERNÁN BRIENZA



**LA DEMOCRACIA
DE LOS BÁRBAROS**

La Argentina de los Bicentenarios



PARTE I

La Historia

El Bicentenario es hoy: hemos vivido equivocados

Hemos vivido equivocados. Hemos festejado engañados. Durante 199 años hemos celebrado una fecha patria que no era tal. Todos nuestros actos escolares han sido falsos, nuestras proclamas apócrifas, nuestros libros viciados de apariencia. Nuestra historia está fundada sobre un mito inexacto: el 25 de Mayo de 1810. Antes de seguir quiero convenir en algo: todo lo dicho, todo lo escrito, lo debatido, lo peleado sobre aquellas jornadas inaugurales de este país-maceta forma parte de uno de los debates más ricos de nuestra historia. Equiparado, tal vez, a los combates sobre Juan Manuel de Rosas o sobre el Peronismo, ya entrado el siglo xx. El problema no es lo que se diga o deje de decir sobre el 25 de Mayo de 1810, sobre saavedristas y morenistas, sobre paraguas y mazamoras, sobre serenos y patoteros como French y Beruti, sobre pueblos en la calle y cabildos abiertos. La cuestión está en que nuestra Patria no nació ese día: los sueños de república, de libertad, de independencia, la Primera Junta en estas tierras no provino de esa ciudad-aldea portuaria, atestada de sacerdotes ocultadores, comerciantes rapaces, contrabandistas nocturnos y pensadores liberales. No. La Patria fue parida otro día: curiosamente otro 25 de mayo, pero de 1809. Exactamente un año antes. Y en el otro rincón del territorio. Allí en Chuquisaca, en el Alto Perú, en

el corazón de la América andina, entre esa gente de rostros cobrizos, de caminar cansino y tonada cadenciosa.

Chuquisaca pertenecía, entonces, al Virreinato del Río de la Plata, pero tenía una serie de beneficios: autonomía administrativa y poder de policía propios. Su gran tesoro no era la plata potosina ni las regalías de la aduana. Su riqueza era la Universidad Mayor Real y Pontificia San Francisco Xavier, reconocida como uno de los centros de estudios más importantes del mundo. Era tan importante que la llamaban “la Atenas de América”. En sus aulas estudiaron Mariano Moreno, Juan José Castelli y Bernardo de Monteagudo, entre otros revolucionarios jacobinos.

La Universidad de Chuquisaca era el verdadero centro de las luces de principios del siglo XIX. Todo comenzó cuando llegaron a América las noticias de la caída del rey Fernando VII y la instauración de la Junta de Sevilla. La Real Audiencia de Charcas (como también se conocía la ciudad que hoy se llama Sucre en honor al mariscal Antonio José, mano derecha de Simón Bolívar) se opuso y llamó a constituir otras juntas provinciales. En noviembre de 1808, el delegado sevillano, José Manuel de Goyeneche, entró en la ciudad e intentó que ese territorio quedara en manos de Carlota Joaquina Teresa de Borbón, hermana de Fernando y reina regente de Portugal en el Brasil. Los claustros de la Universidad se convirtieron en un polvorín y rechazaron de plano las exigencias de Goyeneche. Poco después, la Audiencia reconoció la autoridad de la Junta sevillana, pero el germen revolucionario ya había despertado.

Los meses que siguieron fueron de agitación y conspiraciones. Un panfleto titulado “Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos”, escrito por Bernardo de Monteagudo, decía: “Habitantes del Perú [...] Desaparezca la penosa y funesta noche de la usurpación, y amanezca luminoso y claro el día de la libertad. Quebrantad las terribles cadenas de la esclavitud y empezad a disfrutar de los deliciosos encantos de la independencia. Vuestra causa es justa, equitativos vuestros designios. Reuníos, pues, corred a dar ripio a la grande obra de vivir independientes”.

La revolución estalló el 25 de mayo, a las 18, cuando el presidente de la Audiencia, Ramón García Pizarro, mandó a detener a los conspiradores. Sólo pudo detener a Jaime de Zudáñez. Pero el levantamiento no se hizo esperar: el pueblo lo acompañó a la cárcel y comenzó a apedrear los edificios públicos. Fue prácticamente liberado por la multitud que lo llevó en andas hasta la Plaza Mayor. Entre la gente se destacaba, dicen las crónicas de la época, Monteagudo, quien gritaba “Muera el mal gobierno, viva el rey Fernando VII”. García Pizarro renunció el 26 por la madrugada y asumió la “Audiencia Gobernadora”. Había nacido la Primera Junta americana en territorio argentino. La Audiencia se enfrentó a todas las fuerzas reaccionarias y cayó unos meses después bajo la despiadada represión militar de Goyeneche. Tiempo más tarde, Buenos Aires iba a tomar el ejemplo de Chuquisaca y se iba a levantar contra el poder peninsular.

Ahora bien, ¿por qué no se reivindica en nuestro país la revolución popular de Chuquisaca? ¿Por qué se la desconoce y se la ningunea? ¿Qué significa festejar como mito fundacional la revolución porteña en vez de la de América profunda? ¿Celebrar Mayo de 1810 no es anteponer el comercio a las ideas? ¿El librecambismo al librepensamiento? ¿No es celebrar también las amputaciones a las que fue sometido este continente con complicidad de los directoriales como Juan Martín de Pueyrredón (la Banda Oriental) y de los liberales como Bernardino Rivadavia (Bolivia)? Poner el eje del Bicentenario en el año x –sin recordar Chuquisaca– es achicar otra vez el sueño de los Monteagudo, los Moreno, los San Martín, los Bolívar, los Dorrego y los Artigas.

Publicado en *Crítica de la Argentina* el 25 de mayo de 2009

El fusilamiento mediático de Manuel Dorrego

Siempre es necesario, cuando se intenta escribir sobre Historia, tratar de que los nimios debates coyunturales queden de lado, al menos para no elaborar una interpretación histórica viciada de

nulidad por su sesgo documental e ideológico. Marcelo Moreno publicó en la edición de ayer de *Clarín* una nota absolutamente inexacta sobre Manuel Dorrego, con la intención de esquilmar a la presidenta Cristina Fernández de Kirchner. Más allá de la comparación, que no me interesa debatir en esta contratapa, me gustaría acercar un poco de información sobre quién fue y qué significó Dorrego en la historia argentina. Porque para analizar a este personaje histórico –víctima del primer golpe de Estado organizado por el ejército regular argentino– hay que consultar no solo el panfleto histórico llamado “El destierro de Dorrego”, escrito por Bonifacio del Carril, autor que, además, porta el mismo apellido que uno de los asesinos confesos de Dorrego, sino también otras fuentes pertinentes para la reconstrucción histórica. Dorrego fue el jefe del primer partido popular de la Argentina, ya que los federales se reconocían a sí mismos en la década de 1820 como los populares. Respecto de los incidentes del Ejército del Norte –Moreno y Del Carril lo acusan de insubordinación ante Belgrano y de desavenencias con José de San Martín– es necesario tener en cuenta que Dorrego era jefe de la tropa de elite y que tanto la batalla de Tucumán como la de Salta fueron victorias criollas gracias a las cargas de Dorrego y las derrotas de Vilcapugio y Ayohúma, justamente, por la ausencia de Dorrego, confinado por insubordinación en Jujuy.¹ La discusión con Juan Martín de Pueyrredón que le vale el exilio se produce porque Dorrego se entera de que Pueyrredón negocia con el Imperio del Brasil la entrega de la Banda Oriental para apartar del mapa político a José Gervasio de Artigas y al mismo tiempo trasladar recursos de la guerra contra las provincias de la mesopotamia al cruce de los Andes. Dorrego se entera de la maniobra y prepara, junto a otros populares, la defensa de la Banda Oriental, por eso es encarcelado y embarcado rumbo a Baltimore. Hay abundante información sobre este punto que es bueno consultar, más allá, claro, de Del Carril. Respecto de la confusa acusación de piratería que Moreno hace a Dorrego

1 Fuente: Cartas de Belgrano.

sobre su viaje a Jamaica, conviene decir que el barco donde viajaba Dorrego es asaltado por piratas y él queda prisionero de ellos, por eso se salva en el juicio que se le sigue en Jamaica.² Respecto de su participación política, Moreno en su desordenada caracterización del personaje olvida relatar algunas cosas: 1) Dorrego fue el primer defensor del voto universal; 2) su federalismo es doctrinario y no intuitivo (se recomienda leer el más que interesante discurso en la Legislatura sobre las economías regionales); 3) Dorrego viaja a entrevistarse con Simón Bolívar para pedirle que los ejércitos republicanos del continente se unan contra los imperiales en Brasil, pero una carta de George Canning le exige a Bolívar no entrar “en la guerra de partidarios” (¿cuál es la acusación que hace Moreno contra Dorrego? ¿Que este era bolivariano y creía en una federación americana como el venezolano?); 4) los negociadores en la “amputación de Bolivia” son el gobernador Juan Gregorio de Las Heras, en tanto los enviados oficiales Carlos María de Alvear y Eustaquio Díaz Vélez, quienes negocian la independencia de Bolivia y no Dorrego, que ya está de vuelta y realiza un pacto político con el caudillo santiaguense Juan Felipe Ibarra; 5) respecto de las generalidades que dice la nota de Moreno sobre la pérdida de la Banda Oriental es bueno aclarar: a) el que firma la paz oprobiosa de entrega de la “provincia cisplatina” es Bernardino Rivadavia; b) luego de asumir como gobernador, Dorrego propone una estrategia de tenaza que consiste en atacar por el norte las misiones occidentales, por el sur con el ejército argentino y una tropa de mercenarios secuestraría al emperador, última acción que fracasó por la defección de Guillermo Brown al mando de su escuadra; c) el banco nacional de intereses británicos ahorcó financieramente al gobierno sin permitirle obtener fondos para continuar con la guerra; d) si se leen las cartas que se intercambian Dorrego y Tomás Guido y Juan Ramón Balcarce –negociadores argentinos ante la corte en Río de Janeiro– se comprueba que Guido y Balcarce

² Fuente: Cartas apoloéticas de Manuel Dorrego, único testimonio histórico sobre el hecho, que no permite otras elucubraciones que la ficción novelesca.

desobedecieron las órdenes expresas de Dorrego de no firmar ningún tratado. Ante los hechos consumados, cuando Dorrego estuvo a punto de rechazar el tratado de paz que solo difería la elección soberana de Uruguay durante cinco años, Lord Ponsonby le escribió a Dorrego una carta amenazándolo con que si no aceptaba la paz “Europa se iba a entrometer en la guerra”. Pero posiblemente lo que más moleste de Dorrego a sus detractores sea su plan de gobierno: reducción de deuda pública enfrentando al capital financiero inglés, desmonopolización de los productos de necesidad básica y control de precios de productos como el pan, extender la frontera para aumentar la producción agrícola-ganadera, intento de confeccionar una Constitución federal con el apoyo de las provincias frente al centralismo porteño, defensa de la integridad del territorio nacional. Al borde del Bicentenario, seguir falseando de esa manera la historia implica que no bastó solo con la balacera que le dispararon los soldados de Juan Galo de Lavalle, sino que todavía es necesario “fusilar mediáticamente” a Dorrego y a su proyecto político.

Publicado en *Crítica de la Argentina* el 31 de agosto de 2009

Artigas

La anécdota la conocí en la Facultad de Ciencias Sociales, en una de esas aulas empapeladas de carteles con siglas de grupos de izquierda impronunciables, cuando una profesora de cadencia arrabalera la narró no sin cierto don histriónico. El protagonista es Giuseppe Garibaldi, el héroe romántico nacido en la Niza italiana del siglo XIX, aquel que con sus mil camisas rojas invadió la península a través de Sicilia, le dio su merecido al Vaticano y le ofreció a Vittorio Emanuele II, soberano de la Casa de Saboya, el territorio unificado de Italia. Contaba mi profesora que en una engalanada fiesta de la Corte, después de firmado el Tratado de Turín, entre la casa de Saboya y Francia, por el cual la Niza italiana se convirtió en la Nice francesa, Garibaldi, que tenía más de *bersagliere* que

de *cavaliere*, les escupió en la cara al rey y a su ministro Cavour: “¡Traidores, yo les construí una nación y ustedes me dejaron sin patria!”. Tenía razón: él, que había llevado adelante la campaña militar de la unificación italiana, ya no era italiano sino francés, porque la Corona le había entregado a Francia la ciudad donde él había nacido. Había sido convertido por el desdeñoso rasgueo de una pluma sobre un papel en un apátrida.

En nuestras tierras también tenemos un apátrida célebre. Un rioplatense que ayudó a liberar a su patria y fue despojado de ella. Su nombre es José Gervasio de Artigas y fue, quizás, el revolucionario y demócrata más profundo de los próceres argentinos. Porque, mal que les pese a orientales y occidentales, Artigas fue un argentino hasta el último día de su vida. Y, como ocurrió con Garibaldi, también se quedó sin patria.

La primera marca argentina de Artigas figura en el *Plan revolucionario de operaciones*, de Mariano Moreno, quien, en su capítulo dedicado a la Banda Oriental, recomienda entrar en tratativas con el capitán de blandengues José de Artigas. Pero es el propio jefe oriental el que con su acción política demostró su voluntad por mantener su argentinidad. Entre los años 1810 y 1820 participó política y militarmente dentro del territorio de las por entonces Provincias Unidas, y su protectorado de los pueblos libres abarcó la Banda Oriental, la Mesopotamia, Santa Fe y Córdoba. Su proclama de Mercedes, el 11 de abril de 1811, reconoció la regencia de la Junta de Buenos Aires, y encabezó el éxodo oriental hasta tierras occidentales. Además, la versión original del himno argentino celebraba las victorias de San José y Piedras, libradas bajo la comandancia de Artigas en suelo oriental. En 1812 estableció que la Provincia Oriental formara parte indisoluble de las Provincias Unidas y envió sus diputados a la Asamblea del año XIII con instrucciones precisas: independencia, federalismo, libertad civil y religiosa, forma republicana de gobierno, ubicación del gobierno federal fuera de Buenos Aires. Sus exigencias fueron demasiado para los políticos porteños, que deseaban un maniobrable país-maceta con ellos a la cabeza. Artigas, entonces, se convirtió en enemigo acérrimo de los

directoriales –posteriormente unitarios– que hicieron lo posible, lo imposible y lo aberrante para sacarse de encima al líder oriental. Es decir, intentaron sobornarlo con la independencia del Uruguay, pero Artigas se negó dos veces. Finalmente, el director supremo, Juan Martín de Pueyrredón, pactó con los portugueses la entrega de la provincia a cambio de que le sacaran de encima a Artigas.

El líder de los orientales continuó con su derrotero hasta que vencido por el, al menos, irresponsable caudillo entrerriano Francisco “Pancho” Ramírez, se exilió en el Paraguay. Cuando Uruguay se independizó, Artigas exclamó: “Yo ya no tengo patria”. Y tenía razón: su patria, las Provincias Unidas del Río de la Plata, había expulsado a la provincia donde él había nacido. Artigas se había convertido en un apátrida que añoraba una nación que ya no existía: la gran federación americana. Antes de morir, en septiembre de 1850, apenas un mes después que José de San Martín, encabezó su testamento: “Yo, José Gervasio de Artigas, argentino, de la Banda Oriental...”. Como en los melodramáticos versos de Carlos Guido y Spano, Artigas había sido “argentino hasta la muerte”.

Hay, en el exilio de Artigas, una fuerza metafórica que alumbraba una verdad poética. Quizás, el líder de los orientales haya sido el desterrado perfecto: es un exilado que añora una patria que no existe. Y quizás, de alguna manera, todos los habitantes de las provincias de la Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay formemos parte del mismo ostracismo. Tal vez todos hayamos quedado cautivos en esa imposibilidad de retorno, en esa melancólica certeza de saber que nuestros paisitos son más pequeños y mezquinos que el quimérico desvarío de José Gervasio de Artigas.

Publicado en *Crítica de la Argentina* el 29 de septiembre de 2009

Moreno y el Plan del siglo XXI

“El mejor gobierno, forma y costumbre de una Nación es aquel que hace feliz al mayor número de individuos [...] Las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de

un estado, no solo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado, sino cuando también en nada remedian las grandes necesidades de los infinitos miembros de la sociedad”. La frase no pertenece a un revolucionario centroamericano del siglo xx. Ni a un líder de alguna agrupación foquista de los años sesenta. El dueño de esa sentencia, que vibra, que reclama, que interpela, es el supuesto padre del liberalismo argentino: Mariano Moreno, ese hombre aliñado, prolijo y mofletudo de los cuadros escolares. Sus palabras sorprenden. Están talladas en el *Plan revolucionario de operaciones*, el texto más importante del proceso independentista, y, que en estos tiempos de Bicentenarios, es necesario revisar, actualizar, discutir, traer al presente.

El Moreno del Plan de operaciones no es el fundador de la tradición liberal en la Argentina, como sostuvo durante siglo y medio la “historia oficial”. Ese hombre delgado, oscuro, con el rostro picado de viruela y ojos conspirativos –tan diferente al de los retratos administrativos– es quien dio el puntapié inicial de esa tradición que se denomina el pensamiento nacional y popular (¿revolucionario?) en la Argentina.

En otro párrafo del Plan, Moreno escribe con lucidez cegadora: “Una cantidad de doscientos o trescientos millones de pesos, puestos en el centro del Estado para la fomentación de las artes, agricultura, navegación, etc., producirá en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesite para la conservación de sus habitantes”.

El documento es de agosto del año x. Pero nos invita y nos obliga a pensarnos a los argentinos de hoy. No existen posibilidades a equívocos: bajo el influjo de Manuel Belgrano, Moreno escribió esos párrafos referentes a la economía y sentó –acaso sin saberlo– las bases del nacionalismo económico en la Argentina: proteccionismo e intervencionismo del Estado son los dos pilares que aconseja el secretario de la Primera Junta para el crecimiento del país.

Justamente, esas son las dos herramientas que han utilizado

los gobiernos que, en mayor o menor medida, han continuado con la tradición morenista: José de San Martín en Cuyo y Perú, Manuel Dorrego, Juan Manuel de Rosas, Hipólito Yrigoyen, Juan Domingo Perón, Arturo Illia, Raúl Alfonsín y el actual proceso político iniciado en 2003. Porque si hay un termómetro que sirve para analizar el desempeño de los gobiernos a lo largo de doscientos años de historia, el esquema de Moreno es más que necesario: ¿concentración o distribución de la riqueza?, ¿intervención del Estado en apoyo de un aparato productivo o asepsia absoluta para favorecer a los resortes especulativos de la economía?

Muchas de las políticas implementadas en los últimos tiempos: la Asignación Universal por Hijo, la jubilación para amas de casa, el proyecto de ley para el matrimonio gay, la refinanciación de las deudas provinciales –que arrastraban pasivos desde los años noventa– y la desoligopolización de los medios de comunicación –el miércoles 18 la Corte Suprema de Justicia echará manos al asunto– traccionan claramente hacia la corriente “morenista”. Porque, por ejemplo, ¿qué hay más pernicioso para la sociedad civil que la comunicación “agigantada en pocos individuos”?

El Primer Centenario se encontró con un país fastuoso, arrogante, obsceno, con su población empobrecida, con la persecución a los inmigrantes con la inefable Ley de Residencia, con el fraude electoral como única herramienta de legitimidad política. Con fortunas “agigantadas en pocos individuos” y con un Estado mínimo y desprotector del aparato productivo industrial.

El clima cultural de los Bicentenarios es absolutamente contrapuesto al de 1910. Aun cuando los argentinos no hayamos podido resolver los problemas que acuciaron a la sociedad en los últimos cien años –a pesar de los intentos del yrigoyenismo y el Peronismo histórico y del de cientos de miles de víctimas silenciosas que buscaron un país diferente–, el presente político no intenta celebrar con festejos profilácticos el “cumpleaños de la Patria”.

Hoy, los Bicentenarios –el proceso que celebra desde el chuquisaqueño 25 de mayo de 1809 hasta la declaración de la Independencia en 1816– están cargados de significado político. Lo que

se discute es la matriz del capitalismo argentino para el siglo XXI. Y el autor del Plan de Operaciones formuló por primera vez la cuestión central que debemos hacernos al respecto. Siguiendo a Moreno, uno podría preguntarse: ¿será un Estado bobo que apadrine la concentración de la riqueza o será un Estado como lo soñaron Moreno, Belgrano, San Martín y Dorrego? Y por último, ¿es necesario reescribir el Plan de Operaciones?

Publicado en el blog *Agora me lembro* el 24 de mayo de 2010

P.D: Moreno fue el periodista más importante de la Revolución de Mayo. Todo indica que murió envenenado en alta mar. En 1810 escribir era desgarrar y desgarrarse. Quizás, a doscientos años, ese, también, sea el signo de nuestro tiempo.

Canción a la Patria

Hubo una fragilidad pocas veces vista en un presidente argentino. Por primera vez en mucho tiempo –habría que remontarse, tal vez, a María Estela Martínez al anunciar la muerte de Juan Domingo Perón o a cuando el propio General se atragantaba en lágrimas ante el desfile del cortejo fúnebre de Evita–, un presidente se emocionó hasta el llanto por un acontecimiento político o histórico. Sucedió el viernes en la apertura de los festejos del Bicentenario y fue justamente Cristina Kirchner, a quienes muchos acusan de gelidez e insensibilidad, quien quebró su voz cuando agradeció que le tocara ser la “presidenta del Bicentenario”. Es posible que no sea un gesto demasiado relevante para una columna política de los domingos, es cierto. Pero dice mucho de la trascendencia que la Presidenta le otorga a su rol histórico en estas celebraciones.

Durante la semana, *Tiempo Argentino* publicó una nota en tapa sobre las banderas en los balcones y en los coches. La crónica daba cuenta de que los porteños habían decidido retacearle el celeste y blanco a su ciudad en una fecha fundamental de su propia vida histórica: el Bicentenario del día en que un grupito de vecinos

soñó con que una “nueva y gloriosa nación país se levante a la faz de la de la Tierra”. Curiosamente, los “vecinos” de Buenos Aires no se celebraban a sí mismos en la construcción de ese país.

Durante doscientos años los argentinos nos hemos amado y odiado, nos hemos despreciado, amigado y vuelto a pelear. Durante dos siglos nos hemos robado, nos hemos explotado, hemos sido generosos, compañeros, correligionarios, chupandinos y pandilleros, hemos dado la vida por la Patria, por la Santa Confederación, hemos alumbrado hijos, padres, abuelos, hemos enterrado a los nuestros, nos hemos exiliado, escondido, fusilado, engañado. Morimos por Mitre, por Alem o por Perón. Quisimos que la revolución fuera un sueño eterno, fuimos brutales a la hora de cegar y silenciar los sueños de los demás. Estaqueamos, encepamos, picaneamos. Nos hicimos los distraídos. Usufructuamos beneficios de planes económicos que hundieron al país, hundimos al país, lo levantamos a “prepotencia de trabajo”, “fuimos lo que debimos ser y no fuimos nada”. Fuimos derechos y humanos, civilizados y bárbaros y, claro, atterradoramente bárbaros cuando creíamos ser civilizados. Como casi todas las naciones del mundo hemos sido el cielo y el infierno.

Pero quizás haya dos características que sobresalen en este canto a la argentinidad al palo que significa esta columna. Dos características culturales que nos han marcado durante años, sobre todo a esta ciudad que hoy no se embandera como debería hacerlo. Arturo Jauretche habló ya de la “tilinguería” asumida por los sectores dirigentes y medios de la sociedad argentina. El tilingo es aquel que vive su existencia como si fuera algo que no es, es quien no defiende su identidad, quien defiende los intereses de aquello que no es, para semejarse a lo que aspira ser.

El autor de *El medio pelo en la sociedad argentina* se quedó corto. La principal característica de los sectores dirigentes argentinos –empresarios, comunicadores, políticos, militares y ruralistas, entre otros– es lo que los mexicanos conocen como “malinchismo”. Término que deriva de la india Malinche que traicionó a los suyos acostándose con el conquistador Hernán Cortés, describe la conducta de deshonar, desacreditar, hablar mal de lo propio

admirando desmedidamente lo extranjero. Desde Bernardino Rivadavia a Domingo Cavallo los argentinos hemos aplicado muchas veces políticas económicas “malinchistas”; la ausencia de una verdadera burguesía nacional habla de nuestro “malinchismo”; desde el *Facundo*, de Sarmiento, a *El atroz encanto de ser argentino*, de Marcos Aguinis, nuestros intelectuales han sido “malinchistas”.

Incluso hablar de nuestro “malinchismo”, como hago en esta nota, es un acto “malinchista”.

Nuestra otra característica bicentenaria es el desprecio por los sectores populares. Por los indios, por los pobres, por los negros. Mientras los pueblos originarios realizaban su histórica marcha por Buenos Aires, los principales medios de comunicación “zocaleaban”: “Caos de tránsito en la ciudad”. Es decir, los manifestantes eran invisibles como lo fueron durante siglos. Pero no solo los habitantes de los pueblos originarios son invisibilizados. Más del cincuenta por ciento de la población argentina es mestiza y la mayoría de ese sector es pobre. Demasiada coincidencia para un país que se denomina a sí mismo “un crisol de razas”. Los argentinos tenemos el peor tipo de racismo: el racismo solapado, aquel que no se ve, que es apenas perceptible, pero se sufre. Solo el Peronismo interpeló a esos “cabecitas negras” y por eso obtuvo su fidelidad identitaria. Y el racismo argentino es consecuencia, sin duda, de nuestro “malinchismo”.

Por eso sorprendieron las lágrimas de la Presidenta. Porque la humanización del acto del Bicentenario, en un gesto salido de libreto, nos recuerda que la Patria –“que hacemos entre todos y todos los días”, como dijo ella– es un desborde sentimental. Porque en esa emoción se coló la idea de que esta Patria mal entrazada somos todos: el chango de Iruya, la maestra mendocina, el oficinista entrerriano, el canillita porteño que hoy le tiró este diario debajo de la puerta, la piba que vende los chipá en el tren, el esquilador patagónico, el granadero que custodia los restos de San Martín, nuestros abuelos, las novias y novios que tuvimos, el profesor que nos hizo mejores, los amigos y, claro, usted, que lee estas líneas y yo que acabo de escribirlas. En cada cosa que decimos y hacemos

individualmente se nos cuele un rincón de Patria. Porque todos somos un poco ella. Allí reside el secreto. No vivimos en “este país de mierda” como turistas rezongones. Todos somos parte de esta Patria dulzona y maltratada.

Publicado en el blog *Agora me lembro* el 25 de mayo de 2010

¿Manuel Dorrego en la Unasur?

No suele ocurrirme que me levante una mañana y un mensaje de texto en el celular enviado por mi amigo Mariano Feuer me alerte: “Felicitaciones!! Ahora te recomiendan entre presidentes... entrá a Twitter ya!”. No suele ocurrirme que abra la página y una verdadera catarata de saludos invada mi carpeta de mensajes. Y, obviamente, lo que nunca me sucede es que dos presidentes democráticos que están dentro de la línea nacional, popular y americanista hablen de un libro escrito por mí. Leer la recomendación que hizo la presidenta Cristina Fernández de Kirchner a su par venezolano Hugo Chávez me dejó varios minutos sin poder de reacción frente a la máquina. Una fuerte convicción personal –una cuestión de fe íntima– me impide permitirme el acto humilde de la vanidad propia. Pero, confieso, sentí un orgullo profundo y una emoción privada que compartí con los míos.

Hace dos semanas una fuente de gobierno me pidió un ejemplar de *El loco Dorrego*. Le envié dos: uno para él y otro para la Presidenta. Fue un acto impensado de mi parte. Nada me une a la Presidenta. La vi por última vez en el año 2002 cuando ella era legisladora y yo, redactor de una revista. Ahora, ella es presidenta y yo, redactor de un diario. Unos días después, la misma fuente –uno de los políticos con mayor futuro de mi generación– me mandó un escueto “tu libro le está gustando mucho”. Me di por hecho. A la presidenta de la Nación le gusta mi libro. No es poca cosa.

Después vino su acto de generosidad inconmensurable. Y la respuesta de Chávez. Y la conferencia en cadena nacional en la cual el presidente venezolano habló de mí y de Dorrego. Era obvio que

debía hacerle llegar mi libro con dedicatoria incluida. Fui hasta la embajada de su país y me trataron muy amablemente. “El jueves le estará llegando el libro”, me aseguró cordial uno de los funcionarios de la embajada. “Pero tenga el celular abierto, por cualquier cosa”, se despidió. Sonreí. Un día después, Chávez me agradeció en la conferencia de prensa al pie de su avión mi dedicatoria y mostró mi libro. Si alguien lo hubiera planeado, no habría salido tan bien. Y si las cosas fueran planeadas, la vida no sería tan infernalmente bonita.

Pido perdón por estos tres párrafos estúpidamente egocéntricos. Pero Fernando Capotondo, jefe de redacción del diario, me pidió que contara la historia de estos saludos cruzados, y como es mi jefe, no pude desobedecerlo. Por suerte, toda vanidad tiene su hoguera. Y voy a entrar en razones.

Hay un signo en lo que ocurrió esta semana –perdonen cierto misticismo histórico de mi parte– con Manuel Dorrego. No debería ser capricho que en pleno golpe de Estado contra un presidente popular y democrático como el ecuatoriano Rafael Correa, dos presidentes latinoamericanos se enfrascaran en la vida del primer líder popular de la historia argentina que fue derrocado y luego fusilado por sus enemigos. Como si Dorrego estuviera allí para recordarnos quiénes y por qué quiebran el orden institucional en nuestros países: esa entente entre el liberalismo conservador y un sector del Ejército, y lo hacen para frustrar la posibilidad de que los sectores populares puedan llevar adelante sus propias políticas independientes del poder concentrado y monopólico. O como anunció el poeta unitario Juan Cruz Varela: el pueblo deberá volver a su lugar, que son “las cocinas”.

Porque lo que no soportaron los políticos y los intelectuales de la burguesía comercial porteña es que el líder del Partido de los Populares –como se llamó en un principio el Partido Federal–, el “padrecito de los pobres”, como lo llamaban los orilleros, gobernara y llevara adelante un proyecto diferente al de ellos. Por eso lo mataron. Por eso cortaron “la cabeza de la hidra”, como le escribió Varela a Juan Lavalle, el autor material del crimen. Porque

querían ejemplificar al pueblo para que supiera que no debía osar gobernar nunca más en la Argentina.

Es interesante la vida de Dorrego: valiente soldado, joven irrespetuoso, periodista irreverente, brillante polemista, federal doctrinario, patriota convencido, idealista hasta la tontera, liberal por convicción, demócrata empecinado, corajudo en las batallas y en las lides políticas, americanista, bolivariano. Un protagonista de la historia sepultado porque era incómodo para todos. Especialmente para la historia oficial que no podía explicar por qué los liberales unitarios habían derrocado un gobierno leal y legítimo y habían fusilado al mandatario.

Dorrego es el primer defensor del voto universal; su federalismo es doctrinario y no intuitivo (su discurso en la Legislatura sobre las economías regionales es imperdible); se entrevista varias veces con Simón Bolívar en 1826 para pedirle que los ejércitos republicanos del continente se unieran contra los imperiales en Brasil, porque era un convencido de que América debía ser una Confederación de naciones –por esos años, el libertador del norte organiza el célebre Congreso Anfictiónico de Panamá al que la Argentina no concurre por decisión de Bernardino Rivadavia–. Pero lo más interesante es su plan de gobierno: reducción de deuda pública enfrentando al capital financiero inglés, desmonopolización de los productos de necesidad básica y control de precios de productos como el pan, extensión de la frontera para aumentar la producción agrícola-ganadera, el intento de confeccionar una Constitución federal con el apoyo de las provincias frente al centralismo porteño y la defensa de la integridad del territorio nacional.

Por último, Dorrego tiene algo para decirnos respecto del quiebre de las democracias. El golpe de diciembre de 1828 es la matriz de la mayoría de los golpes de Estado del siglo xx: el de 1930, 1955, 1966 y 1976, como si se tratara de un cuento borgeano en el cual los actores repiten una y otra vez las mismas bazas. No tengo comprobada la hipótesis en los demás países de Latinoamérica pero, a priori, me animaría a decir que el modelo se repite en otros rincones del continente. Por eso, la aparición de Manuel

en la cumbre de la Unasur no es inocente. Rafael Correa, un presidente popular, era víctima de un golpe de Estado que ponía en peligro su propia vida. Y Dorrego estaba allí, como un recuerdo, como un llamado de alerta, como un toque de atención. Posiblemente, no haya mejor homenaje en este año de los Bicentenarios latinoamericanos para Manuel que el hecho de que su figura y su triste final sirvan para alumbrar la defensa de la democracia en nuestros países. Si es así, ni su muerte ni su olvido fueron en vano.

Publicado en *Tiempo Argentino* el 3 de octubre de 2010

Discutir la Historia

Desde hace unas semanas, el diario *La Nación* ha dedicado varias páginas a cuestionar los recorridos de la Historia que ya desde hace unos años los autores reconocidos como neo-revisionistas, como Mario “Pacho” O’Donnell, Felipe Pigna, Araceli Bellota, entre otros, han iniciado. Primero fue una editorial en defensa de Julio Argentino Roca, en la que el diario abogó en favor de la Campaña al Desierto y la apropiación –al menos caprichosa– de tierras que surgió de esa ocupación militar por parte de las principales familias adineradas del país. En ese texto, el editorialista habló de “historiadores de toda laya” que se atreven a cuestionar a quien fuera dos veces presidente de los argentinos. Luego fue un extenso artículo del historiador liberal Luis Alberto Romero, quien, evidentemente enojado a la hora de escribir su opinión, se arrogó para sí el derecho de decidir quiénes son “historiadores” y quiénes son solo “escritores” y lanzó una caterva de críticas sobre quienes cultivan hoy el neo-revisionismo histórico. El blanco del ataque fue la celebración que ayer realizó el Estado Nacional en la Vuelta de Obligado homenajeando a los protagonistas de esa épica batalla y, sobre todo, lo que él llamó el “nacionalismo patológico”.

Romero considera que ciertos neo-revisionistas cultivan este tipo de nacionalismo e intentan “transformar una derrota en victoria”, que existe un “sentido común nacionalista, muy arraigado

en nuestra cultura, a tal punto de haberse convertido en una verdad que se acepta sin reflexión” y contraponen el nacionalismo, al que prefiero llamar patriotismo, sano, virtuoso e indispensable para vivir en una nación al patológico que predomina en el sentido común de los argentinos y que define como “una suerte de enano nacionalista que combina la soberbia con la paranoia y que es responsable de lo peor de nuestra cultura política. Nos dice que la Argentina está naturalmente destinada a los más altos destinos; si no lo logra, se debe a la permanente conspiración de los enemigos de nuestra Nación, exteriores e interiores. Chile siempre quiso penetrarnos. El Reino Unido y Brasil siempre conspiraron contra nosotros. Ellos fraccionaron lo que era nuestro territorio legítimo, arrancándonos el Uruguay, el Paraguay y Bolivia. La última y más terrible figuración del enano nacionalista ocurrió con la reciente dictadura militar. Entonces, el enemigo pasó de ser externo a interno: al igual que los unitarios con Rosas, la subversión era apátrida y, como tal, debía ser aniquilada. Poco después, la patología llegó a su apoteosis con la guerra de Malvinas”.

Resulta interesante la operación cultural que hace Romero porque mete a los nacionalismos dentro de una multiprocesadora y sugiere que todos son iguales. No difiere entre el nacionalismo republicano, el popular, el lugoniano, el liberal conservador. Para él, todos los discursos son iguales, en un claro error conceptual y metodológico. Porque uno podría estar de acuerdo con que una exacerbación de la pasión nacional puede conllevar cierto tipo de conflictos en su vientre, pero unificar en un solo párrafo el nacionalismo americanista de Manuel Ugarte y el de la dictadura militar, el marxista de Juan José Hernández Arregui con el de Jorge Videla o, incluso, la “restauración nacionalista” que propone Ricardo Rojas con los desvaríos del general Leopoldo Galtieri, parece ser una operación cultural difícil de establecer y sostener. Menos en Romero, que es uno de los historiadores más reconocidos en los ámbitos académicos.

No todos los nacionalismos son iguales. Unificarlos es solo una decisión ideológica que parte del prejuicio. Romero escribe:

“Ese nacionalismo constituye un mito notablemente plástico, capaz de adaptarse a situaciones diversas. Así, nuestro actual gobierno puede hacer uso de él, resucitar muchos de sus tópicos –tarea en la que ayudan estos escritores neo-revisionistas– e incluir en su campaña general contra diversos enemigos –la lista es conocida– este *revival* de la Vuelta de Obligado que pronuncia una revitalización del mito en beneficio propio, tal como lo está haciendo con la causa de las Malvinas. En 1983, muchos creímos que habíamos logrado desterrar al enano nacionalista. Hoy, yo al menos lo dudo”. Resulta alumbador, entonces, el final de la nota de Romero. Para él, los discursos oficiales del alfonsinismo habían logrado enterrar el nacionalismo. No se trataba de “cuestión nacionalista”, mucho menos de enfrentamiento entre nacionalismos. Para él fue todo lo mismo. Todo fue un “enano nacionalista”. Detrás de su operación cultural no hay otra cosa que una “teoría de los dos demonios” aplicada a los discursos sobre la Nación. Es de alguna manera simplificar los términos de una dialéctica en un solo bloque. El demonio es el nacionalismo –no importan los matices, las diferencias, las contradicciones, las batallas entre sus distintas manifestaciones y expresiones– y del otro lado una sociedad pacífica, liberal, inocente, librepensadora que ha sido víctima de los fanatismos intelectuales.

Por suerte desde la crisis de 2001 al Bicentenario, los argentinos hemos decidido que lo patológico es cristalizar discursos (por muy maquillados de pluralismo y democracia que estén) más que poner en cuestión las interpretaciones –algunas más sofisticadas, otras menos agraciadas, tal vez– sobre el nacionalismo. Defender un bastión –con sus privilegios– siempre es una tarea ardua. El diario *La Nación* lo sabe. Por eso sale a sentar posición: la historia argentina no se toca, advierte. Y en Romero tiene, claro, una de sus mejores espadas. Eso es defender una hegemonía cultural. ¿Por qué ocurre? Sencillo: porque sienten en peligro su dominio sobre el pasado. Hoy ven cuestionadas sus propias visiones de la Historia. Claro que lo que para ellos es una mala noticia, para la mayoría de los argentinos es una buena nueva: en la pluralidad de voces, de

intenciones, de miradas, surgen, si es que las hay, las verdades sobre el pasado común. Cuestionar la Historia, pese a quien le pese, es signo inequívoco de que un pueblo está vivo.

Publicado en el blog *Agora me lembro* el 21 de noviembre de 2010

Un Bicentenario para Castelli

El 25 de mayo de 2009 escribí que el “verdadero” Bicentenario se había cumplido ese día. Entrecorrió esa palabra porque, como se sabe, los comienzos de cualquier patria siempre responden al arbitrio de quién esté “inventando una comunidad”. Argumentaba en aquel momento que los argentinos debíamos recuperar la tradición perdida del levantamiento chuquisaqueño que se conoce como el “Primer Grito de Libertad Americano”. Y lo sostenía sobre el hecho de que era necesario traer desde el fondo de la historia a ese centro universitario y formador del pensamiento iluminista que alumbró a los hijos de la Revolución de Mayo: me refiero a Bernardo de Monteagudo –el hombre que alguna vez deberá ser reconocido en su justa medida–, Mariano Moreno y Juan José Castelli, entre otros. Sostenía que es más noble operacionalizar culturalmente la fundación de la independencia de la patria en el pensamiento y ubicarla en el corazón de la América cobriza que hacerlo en el mezquino interés de los comerciantes y contrabandistas del puerto de Buenos Aires. En Chuquisaca –hoy Sucre– se produjo el levantamiento popular que un día después formó la primera audiencia gobernadora de estas tierras.

Para el 25 de mayo de 2010 –mientras millones de argentinos festejaban su identidad y manifestaban su voluntad de ser una nación cohesionada, solidaria, democrática, moderna– celebré ese tremebundo y al mismo tiempo fantástico *Plan revolucionario de operaciones* en el que Mariano Moreno –quizás dictado por Manuel Belgrano– escribió dos sentencias que más tarde iban a ser reformuladas por la tradición nacional y popular: la distribución de la riqueza y el intervencionismo estatal en la economía.

Hoy no quiero celebrar el Bicentenario más uno. Sino que quiero recordar al Bicentenario del 25 de mayo de 1811, una fecha que no era solo el recordatorio de lo que había ocurrido el año anterior, sino que era algo más: se trataba de la profundización de la revolución que había empezado en 1809 en Chuquisaca. Y los protagonistas de esa jornada fueron dos hombres que aquí ya han sido nombrados: Castelli y Monteagudo.

Imaginemos. Juntos, jefe y secretario, están al mando del Ejército Auxiliar del Alto Perú y cuentan con el apoyo de los caudillos patriotas como Juana Azurduy y Manuel Padilla. Castelli está de pie frente a su formación. A un costado el precario cañoncito bautizado Tupac Amaru en homenaje al líder americano descuartizado; de frente su ejército y miles de criollos, mestizos e indígenas que escuchan con atención sus palabras. No está en cualquier lugar, está en Tiahuanacu, cerquita nomás del Lago Titicaca, donde, dicen, Manco Cápac y Mama Ocllo fundaron hace cientos de años el Imperio inca. Ubicado a 4000 metros de altura, en el templo del Sol, donde miles y miles de hombres y mujeres se postraron a rezar a sus dioses y donde esos mismos se reunían para reclamar a sus autoridades, es decir, en el centro político y económico del Incanato –no en vano Evo Morales eligió esas ruinas para que amaneciera su gobierno–, Castelli miró a su pueblo y le dijo: “Nada tendrá que desear mi corazón, al ver asegurada para siempre la libertad del pueblo americano”.

En su proclama, pronunciada en castellano pero traducida en lenguas originarias, Castelli decretó: “En este caso se consideran los naturales de este distrito, que por tantos años han sido mirados con abandono y negligencia, oprimidos y defraudados en sus derechos y en cierto modo excluidos de la mísera condición de hombres que no se negaba a otras clases rebajadas por la preocupación de su origen. Así es que, después de haber declarado el gobierno superior, con la justicia que reviste su carácter, que los indios son y deben ser reputados con igual opción que los demás habitantes nacionales a todos los cargos, empleos, destinos, honores y distinciones por la igualdad de derechos de ciudadanos, sin

otra diferencia que la que presta el mérito y aptitud: no hay razón para que no se promuevan los medios de hacerles útiles reformando los abusos introducidos en su perjuicio y propendiendo a su educación, ilustración y prosperidad con la ventaja que presta su noble disposición a las virtudes y adelantamientos económicos [...] Declaro que todos los indios son acreedores a cualquier destino o empleo que se consideren capaces, del mismo modo que todo racional idóneo, sea de la clase y condición que fuese, siempre que sus virtudes y talentos los hagan dignos de la consideración del gobierno [...] Que en el preciso término de tres meses contados desde la fecha deberán estar ya derogados todos los abusos perjudiciales a los naturales y fundados todos los establecimientos necesarios para su educación sin que a pretexto alguno se dilate, impida, o embarace el cumplimiento de estas disposiciones”.

Se trataba del acto de mayor radicalismo igualitario de la Revolución de Mayo: todos éramos libres e iguales. Y luego también decretó: la emancipación de los pueblos, el libre vecinamiento, la libertad de comercio, el reparto de las tierras expropiadas a los enemigos de la revolución entre los trabajadores de los obrajes, la anulación total del tributo indígena, equiparó legalmente a los indígenas con los criollos y los declaró aptos para ocupar todos los cargos del Estado, tradujo al quechua y al aimara los principales decretos de la Junta, abrió escuelas bilingües: quechua-español, aimara-español; removió a todos los funcionarios españoles de sus puestos, fusilando a algunos, deportando a otros y encarcelando al resto.

Obviamente, era demasiado revolucionario, tanto para las elites altoperuanas como para el gobierno porteño. Un mes después, para peor, sufrió la derrota de Huaqui, que sirvió como excusa ideal para afectarlo de su cargo e iniciarle en Buenos Aires un juicio en su contra. Como bien cuenta Andrés Rivera en *La revolución es un sueño eterno* –quizás la mejor novela escrita jamás sobre uno de nuestros próceres–, Castelli murió políticamente solo, enjuiciado, defendido por su amigo Monteagudo y por culpa de un tumor en la lengua producto de una quemadura de cigarro mal cicatrizada.

Hoy Castelli es para los argentinos poco más que una calle de cuatro cuadras en el barrio de Once y un par de pueblos de provincia. Rivera le hizo justicia con esa bella novela y no mucho más. Fue el hombre que quiso revolucionar la Revolución de Mayo, el que creyó en que todos podíamos ser libres e iguales. El que pronunció antes de morir derrotado una tremenda frase producto del más entristecido de los escepticismos: “Si ves al futuro, dile que no venga”. Hoy, a doscientos años de ese grito libertario e igualitario, quizás sea un buen día para recordar al orador del Cabildo Abierto del 22 de mayo, a ese político cuyo nombre vibra y cuyas palabras laten en el sueño eterno de tantos hombres y mujeres que sueñan con aquella revolución eterna de profundizar la libertad y la igualdad con la que soñaba Castelli. Hoy, quizás, sea tiempo de llevarles un poco de futuro a tantas historias olvidadas.

Publicado en *Tiempo Argentino* el 25 de mayo de 2011

Restaurar a Sarmiento

Llevar adelante una batalla cultural incluye, obviamente, dar una discusión sobre el pasado común. Significa barajar de nuevo las cartas de la memoria colectiva, volver a debatir hitos, momentos nodales, encrucijadas, vísperas, causas y consecuencias y también responsabilidades por parte de los protagonistas de la historia. Un movimiento hegemónico –dicho esto en términos descriptivos y no bajo el influjo de un ataque de pánico opositor– debe ofrecer también una mirada política sobre la historia y reformular el panteón de héroes y de instantes fundacionales. Se trata de construir operaciones histórico-culturales que permitan tomar un hecho del pasado, reelaborarlo, resignificarlo y vivificarlo, y que nos sirva de metáfora para interpelar e interpretar el presente.

El yrigoyenismo lo hizo con el federalismo rosista, el Peronismo asumió cierto costado de la tradición federal-yrigoyenista, la Revolución Libertadora se vio a sí misma como la continuación de la campaña de 1840 de Juan Galo de Lavalle, la Juventud Peronista

llevó al paroxismo esa operación con el puente directo que trazaron con las montoneras del siglo XIX y la dictadura militar, claro, se identificó con el brutal proceso de organización nacional que llevó adelante Bartolomé Mitre junto a sus coroneles orientales que sembraron el terror en las provincias disidentes. Raúl Alfonsín hizo lo propio con la fundación de la democracia y la sanción de la Constitución de 1853 –con su elaboración del “patriotismo constitucionalista”– y Carlos Menem inició su campaña como Facundo Quiroga y la terminó como Julio Argentino Roca.

El Bicentenario fue la gran operación histórico-cultural del kirchnerismo. Allí quedó plasmada con claridad su mirada sobre el pasado común de los argentinos. Y esa presentación concluyó con el homenaje a Juan Manuel de Rosas en la Vuelta de Obligado, el 20 de noviembre pasado. Los más distraídos podrán creer que detrás de la necesaria reparación histórica de la figura del “Restaurador de las Leyes” y, sobre todo, de los héroes que en aquellas barrancas retuvieron a la mayor armada del mundo, se encuentra el “viejo revisionismo agazapado”. Pero estarían equivocados.

El “revisionismo histórico” nace como una respuesta a las grandes operaciones culturales del liberalismo conservador. Tiene un primer estadio de corte nacionalista reaccionario y ve a Rosas como un paladín del orden, de la paz de las estancias, del retorno de lo hispano. El segundo momento del revisionismo está ligado a la experiencia popular del forjismo y el primer Peronismo. En este momento, Rosas es revitalizado no solo por su condición de “estanciero”, sino fundamentalmente como un símbolo de la soberanía política y la independencia económica, dos valores fundamentales para la concepción peronista del Estado y las relaciones internacionales. Es en esta etapa en que se incluye el ingreso de los caudillos federales al panteón de los héroes. La historia se vuelve plebeya y los protagonistas comienzan a ser los “pueblos”, antes que los líderes individuales.

Un tercer estadio es la inclusión del marxismo con sus herramientas de análisis para interpretar el pasado histórico. Los sectores sociales, las luchas de clases, los movimientos y las representaciones

del bajo pueblo y sus líderes forman parte de los estudios realizados entre finales de los años cincuenta y setenta. El fin de siglo y la crisis de 2001 convocaron a la sociedad a pensarse a sí misma nuevamente y a reflexionar sobre su pasado reciente, pero también sobre toda su historia. Y surgió lo que se denomina, no sin cierta imprecisión, el “neo-revisionismo histórico”, es decir una nueva mirada política sobre la Historia. Ha crecido tanto esa corriente que, actualmente, se organizó en torno al incipiente Instituto de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego, cuyo presidente es Mario “Pacho” O’Donnell, y en el que participamos Araceli Bellota, Felipe Pigna, Eduardo Rosa, Eduardo Anguita, Roberto Caballero, Víctor Ramos, Pablo Vázquez y yo, entre otros.

Si uno debiera operacionalizar la categoría “revisionismo” tendría que prestar atención a algunos valores de ciertas variables: a) una concepción nacionalista del pasado, ya sea esencialista, culturalista, territorial o económica, b) preocupación por la conducta individual respecto de infidelidades económicas y actos de corrupción, c) una mayor cercanía a la experiencia federal con sus vaivenes respecto de Rosas y los caudillos, d) estudio de la incidencia de las potencias mundiales en las políticas criollas, e) responsabilidad de las elites oligárquicas sobre el estado del país, y f) una tenaz persistencia en el estudio por los sectores subalternos de la economía, lo político y lo social.

Hoy es 11 de septiembre y se festeja, en todo el país, el Día del Maestro, en conmemoración de un nuevo aniversario del día de la muerte de Domingo Faustino Sarmiento, uno de los protagonistas de la organización nacional más controvertidos para el revisionismo histórico y el pensamiento nacional. Sarmiento es, sin dudas, el más progresista de los liberales. Y al mismo tiempo es el más brutal de los liberales. Es imposible no estremecerse ante las barbaridades que “el padre del aula” dice en sus escritos y sus discursos contra negros, gauchos, indios, judíos, italianos, españoles. También es imposible dejar de sentir pavora ante las atrocidades cometidas por sus subordinados en su campaña contra el Chacho Ángel Peñaloza en La Rioja, por ejemplo. Todos recordamos el

consejo del sanjuanino de “no ahorrar sangre de gaucho” porque solo sirve de “abono para la tierra”.

La historiografía oficial sigue considerando a Sarmiento un prócer inmaculado y excusa sus brutalidades aduciendo que era “el clima de época”. Creo que las circunstancias explican, pero no exculpan. Y bajo el latiguillo de “clima de época” se puede justificar, tanto a Sarmiento como a Rosas, como a Videla. Pero creo que el revisionismo tiene que dar un salto de calidad –Araceli Bellota me hizo comprender esto respecto del autor del *Facundo*– y complejizar los períodos y los personajes históricos. Sarmiento no es el “gran educador” o el “intelectual de la barbarie civilizada aplicada”. Quizás haya que asumir la conjunción copulativa. Sarmiento es una cosa y la otra. Es un fabuloso escritor y un matador de gauchos, un educador y un putaño, un hombre de fe en el progreso y un “tilingo” admirador de Europa hasta 1847, y de Estados Unidos luego.

Pero es, por sobre todas las cosas, uno de los pocos miembros de esa clase dirigente conocida como la oligarquía conservadora –quizás porque no pertenecía a ese sector social– que llevó adelante, en términos de Norbert Elías, un “hito civilizatorio” como es su obra educativa. ¿Por qué es civilizatorio? No lo es porque educó a millones de argentinos, sino porque supuso un compromiso por parte de una dirigencia de refrenar su interés particular, natural, primario, en función de un bien social. Sarmiento obligó a su clase a renunciar a su interés pecuniario para beneficiar a las mayorías.

Me gustan los personajes diagonales, contradictorios, que tienden lazos entre paralelas aparentemente irreconciliables. Eso fueron Mariano Moreno, Manuel Dorrego, Juan Bautista Alberdi, Sarmiento, Leandro Alem, el mismo Perón, incluso. Y si uno lo analiza con cierta profundidad –el presente siempre nubla la posibilidad de un análisis certero– quizás la actual presidenta de la Nación sea una política que tienda diagonales –perdón por la metáfora futbolera– entre el movimiento nacional y popular y el liberalismo republicano.

He leído y reflexionado mucho sobre Sarmiento en estos meses.

Partí del prejuicio y logré adentrarme en la complejidad de un personaje desmesurado y exuberante, americano, más americano de lo que él mismo se reconocía. Hoy creo que el revisionismo histórico y el pensamiento nacional, popular, progresista, democrático deben –perdón por la descortesía de la prescripción– volver a mirar a Sarmiento. Y deben agarrarlo de las solapas. No para hacerlo “propio”. Pero sí para que no se lleve a su panteón el liberalismo conservador y lo convierta en algo que ni siquiera el propio autor de *Argirópolis* permitiría. Quizás sea tiempo de que sobre Sarmiento se realice un fino y preciso trabajo de restauración –como si se tratara de un fresco antiguo– por parte del revisionismo histórico.

Publicado en *Tiempo Argentino* el 11 de septiembre de 2011

El violento oficio de la memoria

Mucho se ha escrito sobre las formas en que las sociedades, los pueblos, los grupos humanos reconstruyen su pasado con una visión utilitarista de los recuerdos. “Un pueblo que no conoce su pasado no puede encontrarse en el presente ni saber hacia dónde se dirige en el mañana”, dice la remanida frase que, a fuerza de ser repetida hasta el hastío, ha perdido su razón. Y es que el pasado está allí para servirnos, para que lo podamos utilizar, para contarnos lo que fuimos, lo que somos, lo que podemos ser. Tiene una estructura, una funcionalidad, una dirección. ¿Cuánto de verdadero pasado hay en un “pasado” que nos direcciona el futuro? ¿Cuánto de efectivo tiene un pasado que se repite y se repite y se repite? Como cuando éramos niños y repetíamos una palabra infinidad de veces para vaciarla de sentido y significado, y cuando terminábamos de hacerlo ya no sabíamos qué quería decir exactamente. Lo mismo puede ocurrir con un “pasado” si se repite sin reflexión, sin pensamiento, sin desgarramientos. Porque recordar duele y conmueve. Y si no es así se trata simplemente de un suceder de imágenes y discursos pegados como en un cinema verité.

No hay ninguna duda de que el pasado no es la memoria. Que es algo intangible, inaprensible, desaparecido. Pero que ha dejado impreso su suceder en forma de recuerdos. Pero la memoria no son los recuerdos individuales y/o colectivos. La memoria es una construcción, un recorte, un relato. La memoria tiene una intencionalidad. Es de naturaleza política (aun cuando sea estrictamente individual y privada).

(Digresión 1: debo reconocer que el abuso de la palabra “relato” me produce urticaria. Porque lo ficcional esconde algo de adulterado, de mentira. Un relato está allí para suplantar una realidad plural. El relator aparece entonces con una subjetividad y una centralidad que deja de lado la “única verdad” –dicho esto con ironía–. Como un animador engañoso y artificial que transmite fútbol con la capacidad de embellecer o hacer emocionante un partido de metegol entre mancos).

La memoria no es un lienzo blanco. Ni siquiera la historia, esa colección de interpretaciones con distintos grados de rigurosidad y de prepotencias metodológicas, es un espacio aséptico. Menos, entonces, la memoria que no es otra cosa que un campo de batalla con vencedores y vencidos. Pero no quiero repetir el lugar común y un tanto ingenuo a esta altura de que la historia la escriben los que ganan. Porque, como dijo alguna vez Franco Vitali, “la historia la ganan los que escriben”. Y algo similar ocurre con la memoria, que tiene, como la historia, un origen, una existencia y un uso político.

El 24 de marzo de 1976 nos obliga a hacer memoria. Porque significa el horror humano en toda su dimensión: la muerte organizada, la violación metódica, la tortura sistemática. Es el “mal radical”, como lo llama Immanuel Kant. Es el que nos muestra el peor de nuestros rostros como sociedad y como pueblo. Nos demuestra de lo que somos capaces cuando alimentamos nuestras miserias y nuestros odios. Pero esa fecha –“caprichos del calendario”, los llamaría Jorge Luis Borges– también encierra los otros 24 de marzo que contiene nuestra historia: el golpe asesino contra Manuel Dorrego, la coalición internacional que en Caseros destituyó a Juan Manuel de Rosas, la campaña contra los pueblos

originarios en el ochenta, el decadente e iniciático golpe del uriburismo contra Hipólito Yrigoyen, el salvaje bombardeo contra población civil de junio de 1955 –solo los nazis con Guernica, los aliados con Dresde y los estadounidenses en Nagasaki e Hiroshima se animaron a un crimen de guerra semejante, con la única diferencia de que se trataban de pueblos ajenos o enemigos y no de su propio país– y la asonada contra Arturo Illia.

(Digresión 2: Los discursos de la memoria siempre parecen políticamente correctos, con una positividad progresista y funcionales a la lógica de evitar que los horrores vuelvan a producirse. Sin embargo, muchas veces son utilizados como un método de amedrentamiento, como una amenaza sobre el regreso del pasado: “Si se vuelven a plantear cambios revolucionarios, si se intenta tocar las rentas de los poderosos, si el pueblo decide intentar gobernar [...] otra ESMA es posible, otra dictadura más atroz y brutal puede surgir para volver a reequilibrar el tablero del poder”. Hay además una utilización reaccionaria de la memoria a la que también hay que estar atentos para desarticular. El “show del horror” que a principios de los años ochenta los medios de comunicación cómplices de la dictadura camuflaron por investigación no era otra cosa que un exhibicionismo aleccionador para la sociedad).

Y así como no hay un solo 24 de marzo en nuestra historia, tampoco hay una sola memoria. Existe una pluralidad de memorias acordes a cuantos recuerdos haya. Como decía la canción del mundial 78, hay veinticinco millones de memorias –con intencionalidad política–; tantas como recuerdos hay. La memoria del dictador Jorge Rafael Videla –desnudada recientemente en el mohoso reportaje de *Cambio 16*–, la de mis padres, la terrible y sufrida memoria de Isabel Perón, la de Firmenich, la mía, la suya, lector, la de los miles de torturados y exiliados, la del verdulero de la esquina, la del diariero que le entregó hoy *Tiempo Argentino*. Por esa razón, la “memoria colectiva” es un recorte de la confederación de memorias individuales. Es un recorte, un abandono de muchas otras posibilidades. Y ese troquelado, claro, es una imposición producto de una hegemonía política.

Ayer, los argentinos conmemoramos el Día de la Memoria, decidimos recordar lo peor que hemos sido en los últimos cien años. Diría que, paradójicamente, hemos recordado lo que incluso en aquellos años habíamos decidido ignorar como sociedad, hemos recordado aquello que quisimos tapar bajo la alfombra con el hipócrita “yo no sabía nada”. Milán Kundera, el escritor checo, sostiene que los pueblos también son responsables por aquello que deciden ignorar. Y estoy de acuerdo con esa sentencia.

Ayer, no recordamos la memoria de la amnistía, ni la teoría de los dos demonios, ni la política del “olvido, la reconciliación y el perdón”. Conmemoramos el pasado desde un lugar determinado, desde una memoria particular y generalizada: recortado ese 24 de marzo de 2004, cuando el por entonces presidente de la Nación Néstor Kirchner pronunció uno de los discursos bisagra de la democracia argentina, cuando dijo: “Las cosas hay que llamarlas por su nombre y acá, si ustedes me permiten, ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como presidente de la Nación argentina, vengo a pedir perdón de parte del Estado Nacional por la vergüenza de haber callado durante veinte años de democracia por tantas atrocidades. Hablemos claro: no es rencor ni odio lo que nos guía y me guía, es justicia y lucha contra la impunidad. A los que hicieron este hecho tenebroso y macabro de tantos campos de concentración, como fue la ESMA, tienen un solo nombre: son asesinos repudiados por el pueblo argentino”.

Es la memoria colectiva que encierra hoy los recuerdos particulares y los condensa, los alumbrá. Ya vendrán tiempos en los que, gracias a la acción definitiva de la justicia, podremos los argentinos decir con Martín Fierro que “Es la memoria un gran don, / calidá muy meritoria; / y aquellos que en esta historia / sospechen que les doy palo, / sepan que olvidar lo malo / también es tener memoria”. Pero solo cuando no haya ni un mínimo resquicio de impunidad, los argentinos podremos entregarnos al descanso del olvido. Mientras tanto, seguiremos en el juego en que andamos, como diría Juan Gelman: recordando. Porque a la brutal violencia

del horror sembrada por la última dictadura militar, los argentinos, entonces, vamos a continuar imponiendo una vez más el violento y conmovedor oficio de hacer memoria.

Publicado en *Tiempo Argentino* el 25 de marzo de 2012

El 2 de abril no fue una gesta

A treinta años del intento de recuperación de las Islas Malvinas –aunque estemos inmersos en un clima de nacionalismo de distintos calibres, de raíz popular o aristocrático, de liberalismos enajenantes u oportunistas, de anglofobias y anglofilias– hay que ser taxativos, concluyentes y excluyentes: por ninguna razón, motivo o inspiración podemos decir que los sucesos del 2 de abril de 1982 constituyeron una gesta nacional y popular. Nada tienen que ver los reclamos contra el enclave colonialista inglés y los sentimientos de dolor por el injusto despojo de territorios –Malvinas y las demás islas del Atlántico Sur– que nos embargan a los argentinos con la desquiciada decisión individual de un dictador o de un grupo minúsculo que –no contento con haber participado de la represión más brutal del siglo xx ejercida por el Ejército regular (no me animaría a llamarlo “nacional”) contra su propio pueblo– consideró un acto heroico mandar a la muerte a una segunda generación de jóvenes en menos de siete años de dictadura cívico-militar.

La guerra de Malvinas no fue una guerra popular. No fue el resultado de las deliberaciones y necesidades de distintos sectores de una sociedad que deciden alzarse en armas contra el colonialismo del que son víctimas. Es, a lo sumo, la decisión de una elite autoritaria y cruel que, a espaldas de su propia población, decide entre gallos y medianoche embarcar en una guerra delirante a un pueblo sojuzgado, mutilado, silenciado, torturado, prepoteado –aun aquellos grupos que fueron indiferentes o cómplices con el gobierno militar–. Además, basta con leer el Informe Rattenbach para darse cuenta de que el conflicto era inviable en términos

geopolíticos, económicos y técnicos y que la decisión tomada por Leopoldo Fortunato Galtieri fue inmoral e irresponsable.

Significativa, en ese sentido, fue la doctrina que en esta materia pronunció la presidenta de la Nación, Cristina Fernández, cuando desclasificó el Informe Rattenbach: esa tarde dejó en claro que hay que honrar y glorificar a los muertos en Malvinas, a los combatientes, pero al mismo tiempo hizo público el estudio que denunció los errores y los horrores de la Junta Militar durante el conflicto para delimitar las responsabilidades y los crímenes durante la guerra.

Claro que una vez tomada la decisión del 2 de abril de 1982, el pueblo argentino –acicateado en su orgullo herido de ciento cincuenta años de ocupación británica de las islas, sumados a la dependencia extractiva que significó el modelo agroexportador montado entre 1862 y 1946– no encontró mejor opción que celebrar la recuperación y hacer propia una guerra que no era suya. Es sencillo: fue el pueblo y solo el pueblo el que dotó de contenido nacional un conflicto armado decidido, paradójicamente, por una elite cívico-militar que había instaurado en el país un modelo económico que favorecía a las empresas y a las finanzas transnacionales y al capitalismo concentrado en la Argentina y había propinado un cruel ajuste y empobrecimiento de los sectores populares. Fueron la alegría, la solidaridad, el anticolonialismo que surgieron de los hombres y mujeres de a pie, el heroísmo de los soldados –y no digo chicos– y de un sector de la oficialidad con conciencia nacional los que hicieron que la aberración del 2 de abril se pareciera a una gesta.

Nada de lo dicho aquí significa un intento de desmalvinizar la historia ni la política argentina. Solo quiero dejar en claro que la decisión de la Junta Militar de 1982 fue una aberración geopolítica absoluta. Hace pocos meses corrió una versión de que Galtieri habría recibido cinco días antes de la invasión a Malvinas una oferta por parte de un alto funcionario británico de devolución de las islas. Permítanme creer esta interpretación, ya que para la dictadura cívico-militar, que empezaba a estar acorralada por el

descontento popular, la guerra era la mejor forma de relegitimarse. El propio dictador –que se pavoneaba con ser el general más pronorteamericano de la Junta– declaró que estaba convencido de que “Washington no iba a interceder en el conflicto bélico en favor de los británicos”.

Hasta el 2 de abril, la Argentina había conseguido que la ONU incluyera a las Malvinas entre los enclaves a descolonizar, que Gran Bretaña tuviera un magro interés en las islas –lo que tarde o temprano iba a concluir con una devolución por abulia por parte de Londres– y una relación recíproca entre los isleños y los pobladores patagónicos. Después de esa fecha –que todavía algunos, incluso bien intencionados, titulan como “gesta”–, Gran Bretaña hizo de las islas una cuestión de orgullo imperial y militarizó la zona entusiasmada con la posibilidad de extraer petróleo por doscientos mil millones de dólares.

Evidentemente, Galtieri jugaba para el enemigo, como dicen en mi barrio. Y algo de cierto hay en esa frase chusca. Porque si hay una lección que nos deja el 2 de abril es que ningún pueblo puede ganar una guerra con una conducción oligárquica y vendepatria. ¿Por qué Malvinas iba a ser la excepción? ¿Quién podía y puede pensar que una conducción militar entrenada en bombardear Plaza de Mayo, en violar mujeres prisioneras y torturar hombres encadenados podía convertirse de la noche a la mañana en los paladines de una gesta nacional y popular? De hecho, en las islas, según el Informe Rattenbach, demostraron el mismo desprecio a los soldados que tuvieron con la sociedad civil desde 1930 en adelante.

Gesta nacional y popular es otra cosa. Leía la otra noche, durante un breve viaje que realicé a Jujuy, las instrucciones de Manuel Belgrano para el mal llamado “Éxodo jujeño”. El valiente político y militar dispuso que el Ejército Auxiliar custodiara la retirada del pueblo en la retaguardia, cubriéndoles las espaldas a esos miles de hombres, mujeres y niños que abandonaban todo en defensa de su libertad. Gesta popular y nacional es eso, no estaquear soldados mal alimentados y mal abrigados sobre la tosca malvinense.

¿Significa esto desmalvinizar? ¿No defender la soberanía argentina sobre las islas? ¿Tener una visión liberal probritánica y antiargentina? ¿Me he convertido en el integrante número 18 del Brancaleónico grupo de periodistas e intelectuales argentinos que trabajan para la autodeterminación de los isleños? Si se leen atentamente mis palabras, verán que me he convertido en un jacobino rabioso que, en realidad, la emprende contra los discursos concesivos tanto de izquierda como de derecha, del liberalismo como del nacionalismo. Porque soy un convencido de que la única guerra justificable es la que decide democráticamente un pueblo convertido en Nación cuando debe defender lo que es inalienablemente suyo. Y el 2 de abril de 1982, en cambio, me recuerda a aquella frase que los burgaleses y burgalesas pronunciaban en la entrada del Cid Campeador en Burgos: “¡Oh, Dios, qué buen vasallo si tuviese buen Señor!”.

Colofón: Para concluir quiero recordar en esta columna a una verdadera gesta popular de la que también se cumplieron treinta años en estos días. Se trata de la huelga general declarada por la CGT Brasil –liderada por Saúl Ubaldini y el Grupo de los 25, entre los que se encontraban los gremios de Cerveceros, Camioneros, trabajadores del Estado, entre otros– y la multitudinaria manifestación callejera que bajo el lema “Paz, Pan y Trabajo” y el apoyo de las Madres de Plaza de Mayo y organismos de Derechos Humanos fue brutalmente reprimida durante horas por las fuerzas militares y policiales de la dictadura. Esa tarde, los trabajadores se enfrentaron con piedras y palos contra uniformados armados hasta los dientes. Cientos de personas fueron detenidas. En las calles, los manifestantes gritaban “el pueblo unido jamás será vencido” y “se va acabar, se va acabar la dictadura militar”. Fue el 30 de marzo de 1982. Tres días después de esa verdadera gesta popular, sus represores tomaron Malvinas para intentar frenar el estado de descomposición en el que se encontraba la dictadura. No. El 2 de abril no fue ninguna gesta. Fue una canallada más. Una canallada que, incluso, ofende y ultraja a los propios héroes de Malvinas.

Publicado en *Tiempo Argentino* el 2 de abril de 2012

La maliciosa ironía de la historia

Así como Carlos Marx en el *18 Brumario* le atribuye a la historia la cualidad de repetirse a sí misma en forma de comedia, o como Jorge Luis Borges sugiere que la principal característica es el pudor, yo –este yo, obviamente, no es un intento de equiparación con los autores anteriores, sino apenas el atrevimiento abusivo que permite la autoría de una nota–, considero que la particularidad capital de nuestro pasado compartido es la maliciosa ironía. En nuestro país, los “civilizados” degüellan, los “demócratas” realizan golpes de Estado y masacran a los opositores, los “próceres” son humillados y abandonados y luego reverenciados como seres míticos y extraordinarios por las mismas tradiciones políticas y culturales que los obligaron a refugiarse en el exilio. Pero quizás el mayor de los sarcasmos posibles para nuestra historia fue el del día de la muerte de Manuel Belgrano, de la que se conmemorará un nuevo aniversario.

Recordemos: Belgrano volvía derrotado por su salud del frente Norte, acuciado por las derrotas y por su enfermedad. Había dedicado su vida a combatir por la Independencia americana y, en los últimos años, el Directorio lo había condenado a reprimir los disensos internos y combatir a desgano contra los caudillos protofederales. Belgrano, sin dudas, era un hombre del puerto, un político del orden, un militar del poder central, pero, a diferencia de los protounitarios, veía con horror cómo el sueño de una América unida se astillaba por los intereses de las oligarquías locales. Promediaba el año 1820, el terrible año de la anarquía, en el que porteños y provincianos se disputaban las migajas de país que habían dejado diez años de guerras revolucionarias, y Belgrano se iba apagando al mismo fúnebre compás en que se deshilachaban los ideales de Mayo.

Él mismo había escrito diez años atrás en el *Diario del Comercio* la importancia de la unidad para los pueblos del mundo. “La unión ha sostenido a las Naciones contra los ataques más bien meditados del poder, y las ha elevado al grado de mayor engrandecimiento; hallando por su medio cuantos recursos han necesitado,

en todas las circunstancias, o para sobrellevar los infortunios, o para aprovecharse de las ventajas que el orden de los acontecimientos les ha presentado –sostenía en mayo de 1810–. Ella es la única, capaz de sacar a las Naciones del estado de opresión en que las ponen sus enemigos; de volverlas a su esplendor, y de contenerlas en las orillas del precipicio: infinitos ejemplares nos presenta la Historia en comprobación de esto; y así es que los políticos sabios de todas las Naciones, siempre han aconsejado á las suyas, que sea perpetua la unión; y que exista del mismo modo el afecto fraternal entre todos los Ciudadanos. La unión es la muralla política contra la cual se dirigen los tiros de los enemigos exteriores é interiores; porque conocen que arruinándola, está arruinada la Nación; venciendo por lo general el partido de la injusticia, y de la sin razón á quien, comúnmente, lo diremos más bien, siempre se agrega el que aspira á subyugarla. Por lo tanto, es la joya más preciosa que tienen las Naciones. Infelices aquellas que dejan arrebatársela, o que permitan, siquiera, que se les descomponga; su ruina es inevitable”.

Una década después, el 20 de junio de 1820, a los cincuenta años recién cumplidos, Manuel –el mismo que había ido a estudiar a Salamanca porque su familia era de sólida posición económica– moría en la más absoluta de las pobreza. Y ese mismo día, la política pequeña le “pegaba una gastada” cruel: conocido como “el día de los tres gobernadores” se producía el fin de la Revolución de Mayo con la caída del Directorio Supremo y la disolución de todo poder central en la Provincias Unidas del Río de la Plata. Tres soberanías diferentes reclamaban su jefatura y las provincias se replegaban sobre sí mismas, desconociendo el poder central –soberbio y mal llevado– de Buenos Aires.

Mientras escribo esta nota, se cumple un nuevo aniversario de la otra ironía crudelísima de nuestra historia. Unos señores, usurpando el uniforme militar que usaron hombres como José de San Martín, como Manuel Belgrano, como Manuel Savio o Enrique Mosconi, abordaron unos aviones en Córdoba, pintaron sobre el fuselaje del avión “Cristo Vence” –¿otra ironía matar inocentes

en nombre de un torturado por el poder central?— y, un rato después, bombardearon la Plaza de Mayo en horarios del mediodía, masacrando a gente que iba al trabajo, o paseaba por allí o, simplemente, iba a apoyar a un gobierno elegido democráticamente. El resultado fue más de trescientos cincuenta muertos y más de mil heridos. No hubo culpables ni arrepentidos ni castigo. Solo un silencio atroz durante décadas.

Nadie va a asustarse por un crimen de guerra como es un bombardeo sobre población civil indefensa: lo hicieron los nazis contra Guernica, los aliados contra Dresde, los estadounidenses contra todo lo que se les pusiera adelante, incluyendo, claro, Nagasaki e Hiroshima. Lo que nunca había ocurrido —es que claro, los argentinos somos tan únicos y especiales— es que un ejército bombardeara a su propio pueblo. O sea, los encargados de defender a un pueblo lo bombardean. ¿Se entendió? Aquellos que cobraban un sueldo para defender a la “gente” de un ataque externo fueron los mismos que atacaron a esa gente. La única pregunta posible es la siguiente: ¿Quiénes eran los extranjeros, los bárbaros, los ajenos, los invasores en su propia patria?

Siempre recuerdo la escena del Éxodo jujeño en la que Belgrano se convierte en la retaguardia de la retirada para proteger al pueblo en marcha de los avances enemigos. ¿Qué le ocurrió a la clase dominante argentina, que pasó de crear un Belgrano o un San Martín a engendrar un Pedro Eugenio Aramburu, un Isaac Rojas o un Jorge Rafael Videla? “El pescado se pudre por la cabeza”, decía pícaro Juan Domingo Perón cuando se lo consultaba por la decadencia de los argentinos.

Y por allí anduvieron los “libertadores”, los “demócratas” fusilando, torturando, prohibiendo, proscribiendo al Peronismo durante décadas, diseminando su odio contra los sectores populares. Liberales conservadores, radicales, socialistas, comunistas compartieron la fiesta del botín, mientras el pobrerió se refugiaba en su casa soportando el vendaval de violencia desde arriba. Una semana antes del 16 de junio se habían paseado pacíficamente por la calles de la ciudad celebrando el Corpus Christi —otra vez

utilizaban al torturado, al crucificado por los poderosos, como símbolo—. Parecían corderos de Dios y en apenas unas semanas se convertían o mostraban su verdadera naturaleza de “tipos que olían a tigres violentos y despiadados” dispuestos a obligar al pueblo a “hundir las narices en el plato”.

Escribo esta nota entre el impecable discurso de la presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, en el Comité de Descolonización de la ONU y el anuncio del Plan Pro.Cre.Ar., que puede comenzar a solucionar el problema de viviendas a miles de argentinos y zanjar las dificultades que tenían ciertos sectores de clase media para poder obtener su primer techo. Al mismo tiempo, en las calles del norte de Buenos Aires suenan todavía algunas cacerolas. Semanas atrás, fuimos testigos del odio —las golpizas a periodistas de 6,7,8 y *Duro de domar*— y el desprecio que sienten por el kirchnerismo —si para algo sirvió la jugarreta del cubo de la CNN en el programa 6,7,8 fue para demostrar lo que realmente pensaban los caceroleros— y por los pobres que reciben “salud, educación y vivienda”. En 1955 los periodistas “profesionales” escribían en *La Nación* y *Clarín* diatribas contra el gobierno peronista y lo acusaban de tiranía, de nazismo, de antidemocrático. Columnas similares a las que hoy pueden leerse en esos diarios por escritores disfrazados de progresistas. Hoy golpean sus cacerolas con odio, alentados desde los canales de televisión del Grupo Clarín. ¿Serán capaces mañana de subirse a aviones y escribir “Cristo Vence” en el fuselaje?

Publicado en *Tiempo Argentino* el 17 de junio de 2012

Fetichismo constitucional

El jueves pasado miles de personas desfilaron por la ciudad de Buenos Aires para demostrar su descontento y su rencor con el gobierno nacional. Entre las decenas de consignas difusas, rencorosas, contradictorias, había una que lideraba los reclamos relativamente serios y consistía en un latiguillo como mantra: “La Constitución

no se toca”. Se trata, claro, de una letanía, de frase arrojada desde el sentido común más engañoso de todos. Pero ¿qué significa que una Constitución no se toca? ¿Qué óleo sagrado impide a un pueblo reformar cuantas veces quiera el pacto político y social de interrelación? ¿Quién redactó el texto constitucional? ¿Jesús, Mahoma? ¿De dónde proviene esa sacralidad conservadora y reaccionaria que asegura que no se pueden reformar los pactos de convivencia?

Lo curioso es que ese mismo día estaba dando una charla en el Instituto de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego y para cerrar mis palabras pregunté a los presentes: ¿Quién cree que la “Constitución no se toca”? Para mi sorpresa, la mayoría del auditorio levantó la mano para sostener esa consigna. Y mi extrañeza consistió en que tanto oficialistas como opositores comparten ese sentido común de que la Constitución es un texto sagrado. Eso es, exactamente, hegemonía cultural: lograr que toda una sociedad crea que los intereses de una clase o un sector –de una facción como les gusta llamar a algunos políticos seudo progresistas que retoman palabras utilizadas contra Manuel Dorrego, Hipólito Yrigoyen, entre otros– son sagrados y deben ser respetados por la totalidad de la sociedad.

Pero en qué se basa ese “sentido común”, esa “verdad sagrada”, esa intocabilidad de la Constitución Nacional. Sencillo: en el mayor de los engaños, en una operación política magistral por parte del liberalismo conservador que nos hace creer a todos los argentinos que la Carta Magna es el producto del consenso, el acuerdo, la puesta en común de la mayoría de los ciudadanos. Y es una absoluta mentira. La Constitución Nacional es el resultado de una imposición militar que un determinado sector impuso a las mayorías. Y a través de la educación –gran aparato ideológico del Estado– y de la prédica de políticos, juristas, intelectuales y publicistas del liberalismo más rancio se ha impuesto como verdad absoluta que “la Constitución un acto de autodeterminación, un acuerdo de convivencia, un pacto entre iguales, el cúlmine de la reconciliación entre los argentinos”. La historia demuestra que no hay nada más alejado de eso.

¿Es la Carta Magna argentina el resultado de un proceso de consenso entre los representantes de la Nación y las provincias o se trata en realidad de una imposición surgida de la batalla de Caseros? Los procesos históricos nunca son lineales, imolutos y perfectos; la mayoría de las veces se ven enturbiados por contradicciones, bajezas, errores y miserias. En la historia de nuestra Constitución Nacional esos elementos no podían estar ausentes. Sin duda la Carta Magna de 1853 está escrita con la tinta de los legisladores del Congreso, con la pasión de las ideas de Juan Bautista Alberdi y con la sangre de los rosistas derrotados en la batalla de Caseros. Pero también con el texto de la Constitución estadounidense –en la versión de Manuel García de la Sena, acusada de pésima traducción por el historiador José María Rosa– que sirvió de modelo para nuestro país. La Constitución de la Nación no fue el resultado de un consenso democrático pleno y plural. Sin embargo, fue un hito fundamental en la profundización de la calidad institucional del país.

Es hija del Acuerdo de San Nicolás, firmado el 31 de mayo de 1852, en esa ciudad. En esa oportunidad se reunieron Justo José de Urquiza –el vencedor de la batalla de Caseros– y los gobernadores de trece provincias, y determinaron que se convocaría a un Congreso General Constituyente para el mes de agosto de ese año para sancionar una Constitución, que la elección de diputados se realizaría de la misma forma en que se elegían las legislaturas provinciales, que todas las provincias acercaban el mismo número de diputados –se desechaba la forma de representación proporcional a la población–, que el Congreso se realizaría en la ciudad de Santa Fe, y por última que Urquiza sería el Director Provisorio de la Confederación Argentina. Es decir, los constituyentes no fueron elegidos por el sufragio libre de los ciudadanos, cosa que no ocurría muy a menudo para ser justos.

Posteriormente, la provincia de Buenos Aires rechazó el acuerdo y protagonizó la revolución del 11 de septiembre de 1852 por la cual se separó de la Confederación Argentina. Las principales críticas al Tratado fueron la elección de Urquiza como virtual presidente, la elección de Santa Fe como sede y no Buenos Aires y la

cuestión de la representatividad, ya que con el sistema proporcional, la ciudad puerto habría tenido casi el mismo número de diputados que la totalidad de las provincias.

Parte del acuerdo comenzó a cumplirse en agosto de ese año, cuando los legisladores iniciaron los arreglos en la ciudad de Santa Fe. Presididas por Domingo Crespo, gobernador de la provincia anfitriona, en ausencia de Urquiza, inauguró las sesiones oficiales el 20 de noviembre con estas palabras: “Augustos diputados de la Nación. Saludo en vosotros a la Nación Argentina con toda la emoción con que es capaz mi alma. El deseo de muchos años se cumple en este día: los gobiernos del litoral descansan hoy del peso de sus compromisos contraídos desde 1831”. Lo escuchaban atentamente todos los representantes, excepto los dos de Buenos Aires que se habían retirado por el conflicto de secesión. Había entre ellos federales doctrinarios, liberales y unitarios. Pero no había federales rosistas. Es más, habían sido claramente marginados de la convención constituyente.

El libro *Las Bases*, como se lo conoce, está formado por 36 capítulos y un proyecto de Constitución al final de la obra. Como explica el propio Alberdi, lo escribió en abril de 1852 para que sea tomado como ejemplo por los constituyentes: “Es una obra de acción que, aunque pensada con reposo, fue escrita velozmente para alcanzar al tiempo en su carrera [...] Hay siempre una hora dada en que la palabra humana se hace carne. Cuando ha sonado esa hora, el que propone la palabra, orador o escritor, hace la ley. La ley no es suya en ese caso; es la obra de las cosas. Pero esa es la ley duradera, porque es la verdadera ley”.

En su texto, Alberdi compara el derecho constitucional sudamericano con las constituciones de la época, como la californiana, a la que pone como ejemplo de su punto de vista constitucional. Plantea, además, una solución para la cultura política del continente. Ni monarquía ni parlamentarismo con líderes débiles: las naciones latinoamericanas necesitan un presidente fuerte.

La idea de Alberdi consistía en construir una nación de cincuenta millones de personas, producto de la inmigración europea

atraída por las garantías que ofrecía la nueva Constitución a la propiedad privada, la libertad de movimiento, la tolerancia religiosa y cultural y un reparto generoso de tierras.

Y también zanja la cuestión federal: “Una provincia en sí es la impotencia misma, y nada hará jamás que no sea provincial, es decir, pequeño, obscuro, miserable, provincial, en fin, aunque la provincia se apellide Estado. Solo es grande lo que es nacional o federal”. Por esa razón, propone lo que él llama un “federalismo atenuado”.

La Convención encargó a una comisión integrada por Leiva, Juan María Gutiérrez, José Benjamín Gorostiaga, Pedro Díaz Colodrero y Pedro Ferré la redacción del proyecto de Constitución Nacional. El debate fue arduo y áspero y los puntos más difíciles: la relación entre Buenos Aires y las provincias, y la separación de la Iglesia del Estado. Finalmente, el 20 de abril de 1853 el Proyecto fue girado al Congreso Constituyente para que, en lo que se conoce como las Diez Noches Históricas, se debatiera, se aprobara y se sancionara la Constitución de la República Argentina. Como usted podrá darse cuenta, estimado lector, en los próximos días podrá ir viviendo día a día de qué manera se gestó hace exactamente ciento sesenta años nuestra Carta Magna.

¿Fue un proceso perfecto y luminoso? ¿Sin “vencedores ni vencidos”? Evidentemente no. La exclusión de los viejos federales rosistas y el enfrentamiento armado que se desencadenó con Buenos Aires demuestran que las constituciones son más el resultado de procesos políticos y militares que de Grandes Acuerdos Nacionales. Así lo demuestran, también, las reformas de 1860, 1866 y 1880, que son hijas de las victorias militares de Céspedes, Pavón –obtenida por el mitrismo porteño contra las provincias– y del aplastamiento de la sublevación de Carlos Tejedor que concluyó con la federalización por la fuerza de la ciudad de Buenos Aires.

La historia constitucional del siglo xx fue más triste aún, ya que estuvo plagada de autoritarismos, de imposiciones militares, de desmanejos de la Carta Magna por parte de las dictaduras de turno. El inicio de la desventura fue la sanción de la Constitución

Nacional de 1949, cuando en pleno proceso del primer gobierno peronista una mayoría abrumadora del pueblo votó a una asamblea constituyente para que incluyera los derechos sociales de la niñez, la ancianidad y los trabajadores entre otros tópicos que incluían, claro, la reelección presidencial.

Desde los aspectos formales e incluso estructurales, esa constitución, creada por Arturo Sampay, fue un hito democrático aun cuando el Radicalismo intentó quitarle legitimidad no participando de las sesiones de la Constituyente. Como se sabe, la Carta Magna sancionada en 1949 fue abolida de decreto facto por la dictadura de Pedro Eugenio Aramburu y, en 1957, una Constituyente que excluyó al Peronismo, y que fue deslegitimada por la ausencia de la UCR Intransigente, repuso con las reformas del artículo 14 bis, la Constitución de 1853. Una vergüenza desde todo punto de vista jurídico y político. Para que quede claro: la de 1949, votada democráticamente por las mayorías, fue suprimida por un golpe de Estado criminal como el autodenominado “Revolución Libertadora”.

Con las dictaduras de 1966 y de 1976 no le fue demasiado bien a la Constitución Nacional. Juan Carlos Onganía sancionó por decreto un Estatuto de la Revolución Argentina, y Alejandro Lanusse en 1972 reformó a su antojo el sistema electoral previsto por la Constitución Nacional para impedir que el Peronismo regresara al poder por la vía democrática. La dictadura de Jorge Rafael Videla y los suyos dejó sin efecto, incluso, la constitución sancionada por la dictadura aramburista.

En los albores de la democracia, el presidente democrático Raúl Alfonsín decidió, finalmente, poner en funcionamiento la Constitución Nacional reformada por la dictadura de Aramburu y Rojas e intentó reformarla en 1987 –también quiso buscar su reelección–, pero no se lo permitió el apoyo popular que comenzó a serle esquivo desde la crisis del Plan Primavera. Finalmente, en 1994, se produjo –después de las de 1949– la única reforma democrática de la Constitución Nacional de 1853. Se la realizó tras un contubernio radical-peronista en la que los referentes fueron el propio Alfonsín y el por entonces presidente Carlos Menem.

La historia de nuestra Constitución demuestra que una Carta Magna es en mayor parte producto de una imposición de una facción por otra que del consenso. Esto seguramente lo saben Jorge Yoma, Elisa Carrió, Mauricio Macri, pero se hacen los distraídos. Porque es preferible que sean hipócritas antes que ignorantes. Es el resultado de la voluntad de un sector de la sociedad argentina –el liberalismo conservador– de someter a los vencidos a las propias reglas de juego del vencedor. Uno puede celebrar muchas virtudes que tiene nuestra Carta Magna –que de hecho las tiene–, pero no puede desconocer que es el resultado de la violencia y la sangre de millones de argentinos que fueron sometidos en los golpes de Estado de 1852-1955, las batallas de 1860-1880 y las dictaduras militares de 1966 y 1976.

Seguramente, el kirchnerismo no reformará la Constitución Nacional en los próximos dos años. Pero a pesar de ello hay que ser conscientes de dos cosas: 1) que quienes agitan la infalibilidad sacra y la perennidad de la Carta Magna están defendiendo –por complicidad o ignorancia– los pilares del liberalismo conservador en la Argentina; 2) que las mayorías nos merecemos alguna vez en la historia de nuestro país una Constitución verdaderamente democrática por su contenido y por su forma. No comprender el contenido histórico e ideológico de nuestra Carta Magna es puro fetichismo constitucional. O mala intención, claro.

Publicado en *Tiempo Argentino* el 21 de abril de 2013

Los golpes de septiembre

Septiembre no es un buen mes para la historia de las mayorías argentinas. Se produjo la secesión de Buenos Aires en 1852, la batalla de Pavón en 1861, el golpe de Estado contra Hipólito Yrigoyen y el derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955.

Septiembre, vaya capricho del almanaque, cobija en su vientre tres de los momentos más duros y difíciles para lo que comúnmente se denomina “sectores populares” –que, definidos por extensión,

incluyen a los pobres, a los trabajadores, a las provincias– y a los intereses nacionales –es decir, de Estado, como representantes de esas mayorías–.

Vale la pena recordarlos, pero hay que hacerlo sin falsos revisionismos ni engañosos edulcorantes que nos sirvan para sostener fantasmagorías presentes. Esta semana, dos publicaciones de diferentes extractos ideológicos –*La Nación* y la agencia Télam– cometieron el mismo error: banalizaron “el mal” de los golpes de Estado. Y es una señal peligrosa de los tiempos que estamos viviendo.

Algo adelantó Mauricio Macri esta semana: “El fin justifica los medios”, dijo, y nos recordó a los argentinos que el mentado “Círculo Rojo” –la poderosa minoría que invariablemente tuvo las riendas del poder real en la Argentina– siempre fue capaz de realizar cualquier cosa con tal de no perder el privilegio de la dominación en nuestras tierras.

Siempre me llamó la atención la perversidad de los hacedores de la Ciudad de Buenos Aires. A la quinta de los Dorrego la llamaron Plaza Lavalle en homenaje a Juan Galo, asesino de Manuel (primer líder nacional y popular de la Argentina). Bernardino Rivadavia, el hombre que más combatió a las provincias desde el Primer Triunvirato y desde el gobierno de Martín Rodríguez, tiene su monumento en la Plaza Once de Septiembre, el sitio donde está emplazada la cabecera del ferrocarril que recibe a toda la “provincianada” del Gran Buenos Aires.

Quienes se bajan del tren Sarmiento acceden a la plaza y creen que su nombre se debe al “Padre de las Aulas”. Pero no es así. Los hacedores de Buenos Aires quisieron recordarle a esa provincianada “ladina y bullanguera”, como podría llamarla Jorge Luis Borges, que un 11 de septiembre de 1852 los porteños hicieron una revolución para ser libres de la Confederación Argentina.

El ciclo abierto ese 11 de septiembre comenzó a cerrarse el 17 de septiembre de 1861 en la batalla de Pavón, cuando Justo José de Urquiza defecionó al mando del Ejército Grande de la Confederación frente a las tropas del ya casi derrotado general porteño Bartolomé Mitre. La traición de Urquiza –producto de

un complejo proceso de deslealtades cruzadas entre los líderes confederados– les dejó el campo libre a los porteños para que, al mando del futuro fundador de *La Nación*, arrasaran con los gobiernos federales de las provincias e iniciaran el largo y brutal Proceso de Organización Nacional.

Durante ese “Proceso”, Mitre y los suyos –fundamentalmente sus coroneles José Arredondo, Wenceslao Paunero y Ambrosio Sandes– se dedicaron a masacrar a los pueblos de las provincias y a imponerles su evangelio a fuerza de degüellos masivos –como ocurrió tras la batalla de Cañada de Gómez– o asesinatos selectivos como el del Chacho Ángel Vicente Peñaloza, colofón del crimen producido unos años antes contra el gobernador sanjuanino José Agustín Virasoro.

La batalla de Pavón le dejó el campo libre al mitrismo para organizar el país a su manera, bajo un modelo liberal agroexportador de acoplamiento al proceso industrial británico y con una institucionalidad francamente elitista y conservadora que profundizaba la subalternidad de los sectores populares.

Ese proceso comenzó a resquebrajarse con la llegada al gobierno del Radicalismo de la mano de Hipólito Yrigoyen. Si bien el Radicalismo no logró quebrar el sistema agroexportador, democratizó política, social y económicamente al país, permitiendo a vastos sectores de la clase media aspirar a la burocracia estatal y a lugares de expectación pública.

El yrigoyenismo quebró el alineamiento automático con Gran Bretaña, comenzó lentamente el proceso de industrialización, de proteccionismo económico y de desarrollo de la industria energética en nuestro país. A mediados del año 1930, Yrigoyen pensaba en nacionalizar toda la industria petrolera expulsando al gran trust internacional, por ejemplo.

Es posible que su gobierno sufriera un proceso de desgaste y de debilidad extrema, pero esas no fueron las causas de su derrocamiento. Basta leer las crónicas de la época para darse cuenta de que la vieja oligarquía desalojada del gobierno en 1916 quería volver a implantar el fraude patriótico para recuperar lo que siempre

consideraron suyo. Ese fue el verdadero sentido del golpe de Estado que se produjo el 6 de septiembre de 1930.

El viernes pasado, la agencia Télam escribió en sus efemérides: “Es derrocado el presidente constitucional Hipólito Yrigoyen. En las horas febriles que precedieron al golpe de Estado del general José Félix Uriburu, el gobierno de Yrigoyen es un fantasma que no atina a reaccionar, pero la conspiración carece de toda base militar. El general Uriburu divaga y discute alegremente la formación del futuro gabinete. Solo el hundimiento total del Radicalismo, la parálisis de sus centros de poder y de sus íntimos reflejos permitieron que las alucinaciones del mediocre general pudieran convertirse en realidad”. No me pareció feliz.

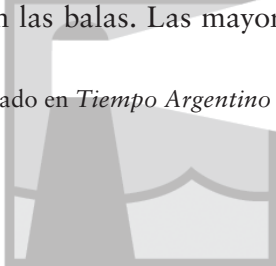
Es más, me recuerda a esta otra aparecida el lunes en el diario *La Nación*: “Ni las balas de plomo derrocaron al General Juan Domingo Perón, ni existen balas de tinta, ni, en caso de existir, podrían destituir gobiernos. Perón no cayó por obra de las armas que alzó la Revolución Libertadora en 1955. Cayó, básicamente, porque su régimen se había agotado y abundaban los escándalos y las burdas muestras de autoritarismo. Las ‘balas de tinta’ no matan ni hieren, ni mucho menos derrocan gobiernos. Esos proyectiles sólo informan, analizan, investigan y critican. Forman opinión. Si esa opinión, al convertirse en el voto que se deposita en las urnas, resulta políticamente letal, es pura y exclusivamente porque la tinta, al margen de los errores que se puedan cometer, ha sabido transmitir la realidad en la que viven los lectores”.

Ambos párrafos repiten la falacia y el eufemismo de que no es el proyectil el asesino sino el cuerpo de la víctima que cede ante el plomo caliente que intenta entrar en su carne. Ni Yrigoyen, ni Perón, ni Arturo Frondizi, ni Arturo Illia, ni Estela Martínez de Perón (¿ni Alfonsín?) cayeron por su propio peso.

Simplemente, fueron arrojados del poder por los sectores concentrados de la economía y el poder político real con mayor o con menor grado de violencia militar. Pero todos fueron víctimas de esa matriz golpista que los sectores dirigentes –¿el Círculo Rojo?– inauguraron el 1° de diciembre de 1828 contra Manuel Dorrego.

Obviamente, no se puede hacer mecanicismo histórico. No es el mismo sector ni los mismos apellidos, pero sí responden a los mismos intereses. No se puede banalizar el mal de ningún golpe de Estado. No se puede banalizar ninguna muerte política. Ese, me parece, debe ser el compromiso más profundo de todo hombre y mujer que se considere profundamente democrático y humanista. Y, además, el más inteligente para todos aquellos que militan en la defensa de las mayorías. Porque ya se sabe: los poderosos ponen el plomo en la tinta y en las balas. Las mayorías populares siempre ponen los cuerpos.

Publicado en *Tiempo Argentino* el 8 de septiembre de 2013



MAREA
EDITORIAL

ÍNDICE



INTRODUCCIÓN.....9

PARTE I
La Historia.....11

PARTE II
El Peronismo.....59

PARTE III
Los medios.....75

PARTE IV
La política.....89

PARTE V
La militancia245

Nota sobre las imágenes de tapa267

MAREA EDITORIAL